

# LOS FUNDAMENTOS DEL ORDEN MORAL

*Ser cristiano no es título de mera satisfacción personal: tiene nombre —sustancia— de misión... El Señor invita a todos los cristianos a que sean sal y luz del mundo; haciéndose eco de este mandato y con textos tomados del Antiguo Testamento, San Pedro escribe unas palabras que marcan muy claramente ese cometido: vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquel que os sacó de las tinieblas a su luz admirable (I Petr. II, 9).*

*Ser cristiano no es algo accidental, es una divina realidad que se inserta en las entrañas de nuestra vida, dándonos una visión limpia y una voluntad decidida para actuar como quiere Dios. Se aprende así que el peregrinaje del cristiano en el mundo ha de convertirse en un continuo servicio prestado de modos muy diversos, según las circunstancias personales, pero siempre por amor a Dios y al prójimo. Ser cristiano es actuar sin pensar en las pequeñas metas del prestigio o de la ambición, ni en finalidades que pueden parecer más nobles, como la filantropía o la compasión ante las desgracias ajenas: es discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros<sup>1</sup>.*

El nacimiento, los años de Nazaret, su predicación y milagros, y sobre todo su Pasión y su Cruz, son una continua llamada de Cristo a que los hombres nos decidamos a orientar toda nuestra vida, por amor,

---

(1) Homilía *La muerte de Cristo, vida del cristiano*;

hacia la gloria de Dios. Yo, decía el Señor, *no busco mi gloria... Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale; es mi Padre quien me glorifica... Yo le conozco y guardo sus palabras*<sup>2</sup>.

#### LA GLORIA DE DIOS, FIN ULTIMO DE TODA CRIATURA

Toda la vida cristiana, su destino y valor, se apoya en una verdad de fe, definida solemnemente por el Magisterio de la Iglesia: *Dios, por su bondad y virtud omnipotente, no para aumentar su bienaventuranza ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por los bienes que reparte a la criatura, con libérrimo designio, «juntamente desde el principio del tiempo, creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal, esto es, la angélica y la mundana, y luego la humana, como común, constituida de espíritu y cuerpo»*<sup>3,4</sup>. Todas las criaturas han recibido su ser, y con él todas sus perfecciones, de Dios; de sí mismas, no tienen más que el no ser, la limitación, la contingencia. Y la razón última y definitiva por la que han sido creadas, ha sido la bondad y sabiduría de Dios, para que *al verter sobre ellas sus perfecciones*<sup>5</sup>, fueran pregoneras de su gloria. *Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos*<sup>6</sup>.

También el hombre ha sido creado y destinado con el fin supremo de dar gloria a Dios; pero en él, el Señor ha querido manifestar sus perfecciones de un modo más elevado y excelso. *Modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida*<sup>7</sup>, y *creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó*<sup>8</sup>, dándole una inteligencia y un querer libre con el que puede reconocer y amar la bondad divina. *La Sagrada Escritura enseña que el hombre ha sido creado «a imagen de Dios», capaz de conocer y de amar al propio Creador, y que fue constituido por El por encima de todas las criaturas de la tierra como señor de ellas, para gobernarlas y servirse de ellas para la gloria de Dios*<sup>9</sup>.

El hombre es la única criatura mundana que puede entender

(2) *Ioann.* VIII, 50-55;

(3) Concilio IV de Letrán, cap. 1, D. 428 (800); Cfr. Inocencio III, carta *Eius exemplo*, 18-XII-1208, D. 421 (790); Concilio de Florencia, bula *Cantate Domino*, D. 706 (1333);

(4) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Fi-*

*lius*, cap. 1, D. 1783 (3002);

(5) San Ireneo, *Adv. haer.* 4, 14, 1;

(6) *Ps.* XVIII, 2; Cfr. *Ps.* LXXIII, 16-17;

(7) *Genes.* II, 7;

(8) *Genes.* I, 27;

(9) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n 12;



y desear libremente su fin, la gloria de Dios; pero es también la única que puede rebelarse, no porque le sea posible anular el querer de Dios, sino porque el Señor ha dejado en sus manos la aceptación voluntaria de su destino de criatura <sup>10</sup>.

*La ley suprema de la vida del hombre es tener la mirada puesta en Dios y dirigirse a El. El hombre, creado a imagen y semejanza de su Hacedor, por su propia naturaleza es poderosamente estimulado a poseerlo. Pero el hombre no se acerca a Dios por movimiento corporal, sino por la inteligencia y la voluntad, que son movimientos del alma* <sup>11</sup>. Y acercándose a Dios, el hombre se aproxima también a su propia felicidad, porque con la gloria de Dios va íntimamente ligada la felicidad de las criaturas. En efecto, en cuanto que el hombre glorifica a Dios, se aumentan sus méritos y su felicidad. Viceversa, Dios da tantas más pruebas de su bondad y tanto más aumenta su gloria cuanto mayores son los bienes que concede al hombre. Lo uno fomenta lo otro. Ahora bien, si se pregunta por la preeminencia de esas dos finalidades, hay que responder lo siguiente: la finalidad última de la obra es la glorificación de Dios. Hacia ella tiene que estar orientada la felicidad de las criaturas, especialmente la del hombre. La glorificación de Dios, por referirse a Dios mismo, es superior a la felicidad de las criaturas. Conviene por eso que la felicidad de los hombres esté subordinada a la glorificación de Dios.

No se debe deducir de esto que de este modo queda disminuida la bondad de Dios para nosotros; los bienes que Dios nos ha donado no disminuyen por el hecho de que estén orientados hacia la gloria de Dios. Al contrario, cuanto más nos esforcemos por realizar con ellos la gloria de Dios, tanto más ricos seremos; porque Dios no busca en el mundo su gloria al modo del que trata de obtener un bien que todavía no posee; Dios sólo exige que se guarde el orden debido <sup>12</sup>. La gloria es para Dios y el provecho para nosotros.

La gloria de Dios y, secundariamente, la propia felicidad en su sentido más pleno y definitivo, que procede de la posesión del

(10) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 1, 8 y 13, D. 174, 181, 186 (371, 378, 383); Concilio de Quiersy, año 853, can. 1 y 2, D. 316 y 317 (621 y 622); Concilio III de Valence, año 855, can. 6, D. 325 (633); Concilio de Trento, decr. De

iustificatione, can. 4-6, D. 814-816 (1554-1556);

(11) León XIII, enc. *Sapientiae christianae*, 10-1-1890;

(12) Concilio provincial de Colonia, 10-VIII-1860, cap. 3;

mismo Dios, es el fin último de la existencia humana, lo que la dirige y llena de sentido<sup>13</sup>. Cualquier hombre, por el simple hecho de existir, está obligado a buscar la gloria de Dios con todas sus potencias y energías. *Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible*<sup>14</sup>.

Esta obligación no es algo que el hombre se impone a sí mismo al descubrir su condición de criatura; sino que nace directamente del plan divino de la creación, de los fines que Dios se propuso y que determinaron intrínsecamente a la persona humana. *Así dice Dios, Yavé, que creó los cielos y los tendió, el que extendió la tierra y sus brotes, el que da al pueblo que está sobre ella el aliento, y el vigor a los que por ella andan... Yo soy Yavé, tal es mi nombre; no doy mi gloria a ningún otro*<sup>15</sup>. Ser para Dios, es, por tanto, el primer fundamento de la vida moral, de valor universal y absoluto. Todos los hombres sin excepción han de tender a su último fin, y en la medida en que sus acciones se ordenen o no a la gloria de Dios, serán consideradas como buenas o como malas. *El deber fundamental del hombre es, sin duda alguna, el de orientar hacia Dios su persona y su propia vida*<sup>16</sup>.

#### ELEVACIÓN A UN FIN SOBRENATURAL. CAÍDA, Y RESTAURACIÓN EN CRISTO

Dios, por su infinita bondad, ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana; pues a la verdad «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha probado el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman»<sup>17-18</sup>. Es doctrina de fe que Dios, además de crear al hombre, lo destinó a un fin sobrenatural, elevándolo al orden de la gracia<sup>19</sup>. Ese fin supera de tal modo el conocimiento y el goce de Dios que hubiéramos alcanzado con nuestras solas fuerzas naturales, que su posesión consiste en *ver claramente a Dios mismo, trino y uno, tal como es*<sup>20</sup>, redundan-

(13) Cfr. Concilio Vaticano II, decl. *Nostra aetate*, n. 1;

(14) *Camino*, n. 783;

(15) *Isai*. XLII, 58;

(16) Pio XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XII-1947;

(17) I Cor. II, 9;

(18) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1786 (3005); Cfr. San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-

1567, prop. 1-7, 21, 23, y 24, D. 1001-1007, 1009, 1021, 1023, 1024, (1901-1907, 1909, 1921, 1923, 1924);

(19) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 1, D. 788 (1511);

(20) Concilio de Florencia, bula *Laetentur coeli*, D. 693 (1305); Cfr. Benedicto XII, const. *Benedictus Deus*, 29-I-1336, D. 530 (1000);



do en gloria sobrenatural para Dios y en felicidad sobrenatural para el hombre.

La nueva ordenación de Dios — y con ella, también la natural— fue rota en los mismos comienzos de la historia, cuando *Adán, el primer hombre, después que hubo infringido el mandato de Dios, perdió inmediatamente la santidad y la justicia en la que había sido puesto* <sup>21</sup>. Sin embargo, Dios mismo se encargó de restaurar la armonía perdida, y el Padre celestial, «Padre de la misericordia y Dios de toda consolación» <sup>22</sup>, cuando llegó aquella bienaventurada «plenitud de los tiempos» <sup>23</sup>, envió a los hombres a su Hijo Cristo Jesús, el que antes de la Ley y en el tiempo de la Ley fue declarado y prometido a muchos santos Padres <sup>24</sup>, tanto para redimir a los judíos que estaban bajo la Ley como para que «las naciones que no seguían la justicia, alcanzaran la justicia» <sup>25</sup>, y todos «recibieran la adopción de hijos de Dios» <sup>26-27</sup>.

Todos los hombres han sido redimidos por Cristo; a todos los hombres se ofrecen nuevamente los medios para poderse dirigir y alcanzar ese fin sobrenatural, que consiste en dar gloria a Dios y participar de sus perfecciones, no ya como simples criaturas sino como hijos suyos adoptivos <sup>28</sup>. Sin embargo, precisamente porque es de orden sobrenatural, el hombre no habría podido conocer su vocación a la vida de la gracia si Dios no se lo hubiera revelado <sup>29</sup>. Cristo el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación <sup>30</sup>.

Cristo, muerto y resucitado <sup>31</sup> por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación <sup>32</sup>. El Señor es para cada hombre el único camino para llegar al cumplimiento de su fin sobrenatural; es necesario entrar en contacto vital con Cristo, pues aun cuando El «murió por todos» <sup>33</sup>, no todos, sin embargo, reciben el beneficio de su muerte, sino sólo aque-

(21) Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 1, D. 788 (1511);

(22) II Cor. I, 3;

(23) Ephes. I, 10; Cfr. Galat. IV, 4;

(24) Cfr. Genes. II, 10 y 18;

(25) Rom. IX, 30;

(26) Galat. IV, 5;

(27) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 2, D. 794 (1522);

(28) Cfr. Rom. VIII, 15; Galat. IV, 5; Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap.

2 y 4, D. 794 y 796 (1522 y 1524);

(29) Cfr. Pío IX, carta *Gravissimas inter*, 11-XII-1862. D. 1669 (2851-2852); Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1786 (3005);

(30) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 10;

(31) Cfr. II Cor. V, 15;

(32) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 10;

(33) II Cor. V, 15;

llos a quienes se comunica el mérito de su pasión<sup>34</sup>. Cristo se hace así no sólo el único Mediador y camino de salvación, que se hace presente a todos nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia<sup>35</sup>, sino también el fin y modelo de la vida humana. La Iglesia cree que la clave, el centro y el fin del hombre y de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que más allá de todo lo que cambia hay muchas realidades inmutables, que tienen su último fundamento en Cristo, que existe «ayer, hoy y para siempre»<sup>36-37</sup>.

La llamada a un fin sobrenatural impone a todos los hombres, de alguna manera, la obligación de buscar a Cristo, de encontrar a Cristo, de amar a Cristo. Y ese encuentro sólo se realiza plenamente en la Iglesia católica, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios<sup>38</sup>. Ella es el sacramento universal de salvación<sup>39</sup>, de modo que no podrían salvarse aquellos hombres que conociendo que la Iglesia católica fue instituida por Dios, a través de Jesucristo, como necesaria, sin embargo, se negasen a entrar o perseverar en ella<sup>40</sup>, ni tampoco se salva quien, aunque esté incorporado a la Iglesia, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia «en cuerpo», pero no «en corazón»<sup>41</sup>. En cambio, quienes ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna<sup>42-43</sup>, alcanzar su fin sobrenatural, dar gloria a Dios como verdaderos hijos suyos.

#### EL FIN SOBRENATURAL DEL HOMBRE ASUME LO QUE HUBIERA SIDO SU FIN MERAMENTE NATURAL

Si todos los hombres estamos llamados a participar sobrenaturalmente de las perfecciones de Dios, no todos estamos obligados a bus-

(34) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 3, D. 795 (1523); Cfr. Concilio de Quiersy, año 853, cap. 4, D. 319 (624);

(35) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 14; Cfr. San León Magno, ep. *Lectis dilectionis tuae*, 13-VI-449 (D. 290 ss); Concilio de Florencia, bula *Cantate Domino*, D. 714 (1351);

(36) *Hebr.* XIII, 8;

(37) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 10;

(38) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen*

*gentium*, n. 48; Cfr. Concilio IV de Letrán, cap. 1, D. 430 (802);

(39) *Ibid.*;

(40) *Ibid.*, n. 14;

(41) *Ibid.*;

(42) Cfr. Carta del Santo Oficio al arzobispo de Boston, 8-VIII-1949 (D. 3866 ss);

(43) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 16; Cfr. Pío IX, alloc. *Singulari quadam*, 9-XII-1854; enc. *Quanto conficiamur moerore*, 10-VIII-1863, D. 1677 (2866);



car su gloria de la misma manera. *Dios no manda cosas imposibles* <sup>44</sup>, y si el conocimiento del destino divino del hombre es sólo alcanzable por la Revelación, no exige el Señor la misma respuesta a las almas que sin culpa no han conocido todavía el mensaje de Cristo, que a las que han recibido el don de la fe. Sin embargo, no hay dos vocaciones, dos destinos diferentes: *Cristo, en efecto, ha muerto por todos y la vocación última del hombre es efectivamente una sola, la divina; por eso debemos aceptar que el Espíritu Santo da a todos la posibilidad de que, en la forma que sólo Dios conoce, se asocien al misterio pascual* <sup>45</sup>.

La asunción del fin último natural del hombre dentro de su fin último sobrenatural, es el fundamento dinámico de la unidad de la vida moral, pues *el orden sobrenatural... no sólo no destruye ni merma el orden natural..., sino que lo eleva y perfecciona, y ambos órdenes se prestan mutua ayuda y como complemento respectivamente proporcionado a la naturaleza de cada uno, precisamente porque uno y otro proceden de Dios, el cual no se puede contradecir: «perfectas son las obras de Dios, y rectos todos sus caminos»* <sup>46-47</sup>. La moral natural —relación de la criatura con su Hacedor, en cuanto fin conocido y poseído por las potencias propias de la naturaleza humana— y la moral sobrenatural —relación con Dios del hombre elevado a la condición de hijo; relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en cuanto fin conocido y poseído por la fe y la gracia—, perteneciendo a dos órdenes substancialmente diversos, no son sin embargo como un par de caminos paralelos, sin otro punto de contacto que el apuntar a la gloria de Dios y a la felicidad humana. Si el hombre, por el mero hecho de existir, está obligado a ordenar la propia vida a Dios, su llamada a la vida de la gracia, más que sumar una nueva y distinta obligación, la afirma, explicita y acrecienta. *La razón más sublime de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador* <sup>48</sup>.

(44) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 11, D. 804 (1536);

(45) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 22;

(46) *Deut.* XXXII, 4;

(47) Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, D. 2206 (3689);

(48) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 19;

Toda la moral natural ha quedado asumida en la sobrenatural. De hecho no hay más que un único fin último: el sobrenatural, que asume también lo que sería el fin del hombre de no haber sido elevado al orden sobrenatural. Desde el momento en que Dios nos ha revelado el misterio de su santidad y de su amor, a través de las obras de la Creación y de la Redención, no hay más que un solo orden de moralidad, que vige siempre y en todas partes, aunque de manera y en grado diverso, puesto que no a todos los hombres ha llegado la predicación de Cristo.

Ese orden moral es único y absoluto, tanto porque tiende a un fin único y absolutamente inmutable, que es la unión con Dios; como porque procede de la ordenación divina que, a causa de su infinita santidad, necesariamente ama el bien y odia el mal, y *en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración*<sup>49</sup>. El orden moral no es producto de la imaginación o de la libertad humana, sino una realidad fundada en la voluntad de Dios, infinitamente buena, sabia y santa, que se nos manifiesta a través de la Creación y la Redención.

Lo mismo que en un orden meramente natural el hombre no sería moralmente libre para responder positiva o negativamente al destino fijado por Dios, también *al tocar Dios el corazón del hombre por la iluminación del Espíritu Santo, ni puede decirse que el hombre mismo no hace nada en absoluto al recibir aquella inspiración, puesto que puede también rechazarla; ni tampoco, sin la gracia de Dios, puede moverse, por su libre voluntad, a ser justo delante de El. De ahí que, cuando en las Sagradas Letras se dice: «convertíos a Mí y yo me convertiré a vosotros»*<sup>50</sup>, *somos advertidos de nuestra libertad; cuando respondemos: «conviértenos, Señor, a ti, y nos convertiremos»*<sup>51</sup>, *confesamos que somos prevenidos por la gracia de Dios*<sup>52</sup>.

Sin la gracia no se puede nacer ni crecer en la vida moral cristiana, porque sin ella no es posible cumplir la voluntad de Dios<sup>53</sup>. Mas, cuando Dios auxilia la libertad humana, *no por ello son menos libres los movimientos voluntarios, porque la fuerza de la gracia divina es intrínseca en el hombre y congruente con la propensión natural, porque dimana del mismo autor de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, el cual mueve todas las cosas según conviene a la naturaleza de*

(49) *Iacob.* 1, 17;  
(50) *Zach.* 1, 3;  
(51) *Thren.* V, 21;

(52) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 5, D. 797 (1525);  
(53) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 23, D. 196 (393);



cada una <sup>54</sup>. De ahí que, a los hombres que buscan la gloria de Dios, a los que obran el bien «hasta el fin» <sup>55</sup> y que esperan en Dios, ha de proponérseles la vida eterna, no sólo como gracia misericordiosamente prometida por medio de Jesucristo a los hijos de Dios, sino también «como retribución» <sup>56</sup> que por la promesa de Dios ha de darse fielmente a sus buenas obras y méritos <sup>57</sup>.

#### LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad <sup>58-59</sup>. La gloria de Dios ha de manifestarse en sus hijos del modo más perfecto y acabado. Por eso, el mismo Dios, que nos ha hecho participar de su naturaleza <sup>60</sup>, a través de su Hijo Unigénito, Maestro y Modelo de toda perfección <sup>61</sup>, nos ha revelado el sentido concreto de nuestra elevación al orden sobrenatural: *sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* <sup>62</sup>.

La vida cristiana se gobierna, pues, por esa Voluntad divina, que se realiza de modo diferente en cada cristiano, según su estado y peculiares circunstancias. Pero todos, sin excepción de ninguna clase, han de tener presente que los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron <sup>63</sup>.

Quedan, pues, invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado <sup>64</sup>. Una obligación que es de naturaleza moral, en cuanto que afecta al fin concreto que Dios nos ha destinado y revelado, para mayor manifestación de su gloria y felicidad nuestra.

(54) León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888;

(55) *Matth.* X, 22;

(56) San Agustín, *De gratia et lib. arb.* 8, 20;

(57) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 16, D. 809 (1545);

(58) Cfr. Pío XI, enc. *Rerum omnium*, 26-I-1923; enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930; Pío XII, const. apost. *Provida Mater*, 2-II-1947; alloc. *Annus sacer.*, 8-XII-1950;

alloc. *Nel darvi*, 1-VII-1956;

(59) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40;

(60) *II Petr.* I, 4;

(61) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40;

(62) *Matth.* V, 48;

(63) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40;

(64) *Ibid.*;

La llamada universal a la santidad como principio moral implica la superación de un modo de entender la vida cristiana en la frontera del bien y del mal, como una aceptación minimalista y negativa —qué es lo que no se puede hacer— del orden propuesto por Dios, en la presente economía de la salvación. La llamada a ser santos supone la convicción de la fuerza salvadora del Evangelio de Jesucristo y de la acción santificante del Espíritu Santo, por encima de todas las humanas circunstancias y estilos de vida. La vocación a la santidad ilumina el sentido de la vida humana, tal como ha sido creada, elevada y redimida por Dios: como una posibilidad ilimitada de pregonar el Amor divino, sus perfecciones más íntimas y secretas; como un afán insaciable de tributar una gloria sobrenatural a la Trinidad Santísima, alcanzándose así nuestra felicidad eterna.

*El Señor nos quiere instrumentos suyos, para recordar prácticamente —viviéndolo también— que la llamada a la santidad es universal en concreto y no exclusiva de unos pocos, ni de un estado de vida determinado, ni condicionada en general por el abandono del mundo: que cualquier trabajo, cualquier profesión, puede ser camino de santidad y medio de apostolado.*

*Esta es, hijos, doctrina segura, luz de Dios. Doctrina... que está fundamentada en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, confirmada por la experiencia que nos proporciona continuamente, a pesar de nuestra pequeñez humana, la vida del Opus Dei<sup>65</sup>.*

El fundamento único y verdadero de la vida moral cristiana es Dios, presente en todas las cosas<sup>66</sup> y a la vez trascendente, pues, aunque *habita en una luz inaccesible*<sup>67</sup>, nos ha creado, elevado y redimido, destinándonos a su gloria y a nuestra felicidad eterna, por medio de su Hijo, el Señor Jesucristo, *virtud y sabiduría de Dios*<sup>68</sup>, que nos descubrió los tesoros del Amor divino, restaurando todas las cosas<sup>69</sup>, por quien *somos santificados*<sup>70</sup> y llamados a la *herencia eterna prometida*<sup>71</sup>.

(65) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 26;

(66) Cfr. *Act.* XVII, 24-28;

(67) *1 Tim.* VI, 16;

(68) *1 Cor.* I, 24;

(69) Cfr. *Ephes.* I, 10; *II Cor.* V, 18;

(70) *Hebr.* X, 10;

(71) *Hebr.* IX, 15.